Miércoles, 02 de mayo 2012

Alabanza a la Democracia

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/05/democracys-arc.html

La preocupante noticia sobre las emisiones de metano procedentes del océano Ártico que fue el tema central del post de la semana pasada en el blog del Archidruida no pertenece al ciclo de la decadencia y caída de la sociedad industrial, temática específica que he estado desarrollando en la última época.

El post de esta semana pasará sin más preámbulos de las reflexivas alturas de la química atmosférica a las humeantes realidades pantanosas, infestadas de serpientes, de la política estadounidense. Es un cambio discordante en más de un sentido, ya que todo el mundo está básicamente de acuerdo en lo que significa el metano, en lo que es el ambiente y así sucesivamente. El efecto invernadero y el calentamiento global antropogénico están claramente definidos y tienen cierta relación con parámetros observables. No existe algo similar, no hay esa ventaja, en la política. En particular, la posibilidad de una conversación inteligente sobre la política estadounidense está agarrotada por las espectaculares distorsiones en los términos básicos que afectan a casi todo el mundo.

El peor ejemplo, y el que me propongo explorar esta semana, es el de la democracia. Es difícil pensar en una palabra que está tan de moda y se use con más libertad, pero yo sigo esperando que Iñigo Montoya (el espadachín protagonista de La princesa prometida) se ponga en pie y lance su clásica frase: "Tú sigue usando esa palabra. No creo que signifique lo que tú piensas que significa".

En ambos extremos de la política estadounidense, a todos los efectos prácticos, la democracia se define como el sistema político en el que la mayoría de los votantes apoyará al grupo que gobierne en ese momento. Se puede ver claramente cómo opera esa definición en la estridente insistencia, común en estos días en buena parte del espectro político, del pensamiento de que los Estados Unidos no es una democracia. Después de todo, si los Estados Unidos fueran una democracia, el pueblo votaría a favor de sus propios intereses, los cuales por supuesto acabarían siendo adoptados y defendidos por quienes gobiernan. El hecho de que esta afirmación se pueda escuchar en grupos con ideas muy diferentes acerca de cómo manejar el país, como el Tea Party y Occupy Wall Street no hace sino aumentar la ironía.

Detrás de la retórica hay una concepción de la democracia que no tiene nada en común con el mundo real, y sí con las fantasías utópicas que han llegado a infestar el discurso político contemporáneo. Cuando los estadounidenses hablan de la democracia o, con exquisita ironía, de “democracia real”, por lo general se refieren a un sistema que no existe, que nunca ha existido y nunca podrá existir, un sistema más quimérico que Neverland, en el que la libre elección de millones de votantes individuales de alguna manera siempre suma para lograr una respuesta óptima a los desafíos de una época compleja, sin entrar en conflicto con los problemas que inevitablemente acosan a los sistemas democráticos en el mundo real.

He aquí un ejemplo. Casi todos aquellos que insisten en que los Estados Unidos no es una democracia citan, como prueba de esa afirmación, el hecho de que nuestras elecciones son generalmente corruptas ya veces fraudulentas. Por supuesto, esto es muy cierto ahora; el ganador de una elección estadounidense es generalmente, aunque no siempre, el candidato que más dinero tiene para gastar; la influencia de la riqueza en los medios de comunicación de Estados Unidos y en los partidos políticos es omnipresente; el fraude electoral es tan importante en la cultura americana como el béisbol o el pastel de manzana. Los demócratas que tanto se indignaron por los resultados amañados de las elecciones de Florida en 2000, por ejemplo, parecen haberse olvidado de la máquinas de votación arrojadas al fondo del lago Michigan que llevaron a John F. Kennedy en la Casa Blanca en 1960.

¿ Prueba esto que Estados Unidos no es una “democracia real”? De ningún modo. Así es como funcionan las democracias en el mundo real. Bajo un sistema de democracia representativa, las personas que tienen la riqueza y el poder son siempre los mismos; algunos de los que tienen riquezas quieren el poder, algunos de los que tienen poder quieren riqueza, y en ese sistema actúa la ley de la oferta y la

demanda. Que por cierto se despliega hacia abajo hasta el votante individual. Si se da a los ciudadanos el derecho de disponer libremente de su voto, un número significativo de ellos utilizará esa libertad para poner en venta sus votos —de forma directa, como ocurría hace un siglo, en que se vendían votos por un vaso de licor—, o indirectamente, al votar a los candidatos que les prometen golosinas a expensas del erario. No hay forma de evitar que los ciudadanos tengan el derecho de votar lo que quieran, no se puede eliminar eso y seguir teniendo una democracia.

En este punto sospecho que algunos de mis lectores se estarán preguntando si yo me opongo a la democracia. Muy al contrario, estoy muy a favor de ella; a pesar de sus problemas, es mejor que el resto de la mayoría de los sistemas de gobierno. Tiene tres beneficios en particular que normalmente no existen en otras formas de gobierno.

En primer lugar, las democracias son mucho más tolerantes en cuanto a libertad de expresión y de conciencia de los países gobernados por otros sistemas. Yo puedo criticar las personalidades, las políticas, y (como aquí) los conceptos fundamentales del gobierno de Estados Unidos sin tener que preocuparme de que a las tres de la mañana tenga un grupo de matones a mi puerta; en los países no democráticos los críticos con el gobierno en el poder rara vez tienen esa seguridad. Igualmente, puedo practicar la religión que elija, leer los libros que prefiero, mantener conversaciones con personas de otros países democráticos de todo el mundo y ejercer un gran número de libertades de las que simplemente carece la gente en los países no democráticos. Estas cosas son importantes; la gente ha luchado y muerto por ellas, y un sistema que permite libertades es con mucho preferible a uno que no lo hace.

En segundo lugar, las democracias no matan a muchos de sus propios ciudadanos ni nada por el estilo como ocurre con la mayoría de las otras formas de gobierno. La historia del siglo XX, por lo menos, debería bastar para recordar que los gobiernos autoritarios suelen coleccionar un gran número de muertos. Todos los gobiernos matan a mucha gente cada vez que van a la guerra y todos los gobiernos de todo el mundo van a la guerra cuando piensan que pueden salirse con la suya; las democracias imperiales también tienden a acumular en prisión a una gran población; los Estados Unidos tienen más personas en prisión que cualquier otra nación en la Tierra, lo mismo que la Gran Bretaña en su época imperial (envió a tantos condenados a Australia que jugaron un papel importante en el asentamiento de ese continente). Aún así, en igualdad de condiciones, es mejor vivir en un país donde el gobierno no entierra a un gran número de sus ciudadanos en fosas comunes, cosa no suele ocurrir en las democracias, algo que no puede decirse de muchos regímenes no democráticos.

Por último, las democracias se someten a los cambios de sistema de manera reglada y con menos violencia que los países no democráticos. Ya estemos hablando de la eliminación de un jefe de Estado fallido, de hacer frente a una depresión económica, de gestionar una derrota militar o de ganar o perder un imperio, las democracias por lo general se las apañan para navegar por la ola de cambio sin el colapso que esos cambios suelen provocar en los países no democráticos. La rotación del liderazgo que está regulado en las constituciones de las democracias más exitosas implica una cierta cantidad de cambios en el sistema, aunque sólo sea el cambio de personas, de políticos diferentes con diferentes agendas y prioridades. La presión que se ejerce, por los grupos de poder de fuera de la clase política —si es fuerte, sostenida, e inteligentemente aplicada — suele tener un impacto: no es rápido, no es fácil, no sin una gran cantidad de bramidos y aspavientos, pero con el tiempo la cosa va marchando.

Estos tres beneficios y otros similares se pueden resumir en una sola frase: la democracia es resilente. Las sociedades autoritarias, por el contrario, son frágiles; es por eso que no pueden tolerar la libertad de expresión y de conciencia, por eso a menudo asesinan a un gran número de sus ciudadanos, y por eso tienden a hacerse pedazos cuando se ven obligadas a cambiar por la presión de los acontecimientos. Las sociedades democráticas también pueden ser frágiles, sobre todo si están recién establecidas o si una parte sustancial de sus ciudadanos rechaza los valores de la democracia; aún así, en igualdad de condiciones, una sociedad democrática normalmente resiste el cambio sistémico con menos trauma que una autoritaria.

Irónicamente, una medida de esta mayor capacidad de resilencia, se puede ver en el fracaso de los grupos radicales cuando tratan de deslegitimar una sociedad democrática establecida. Esta retórica, que

significaría una respuesta brutal en los gobiernos autoritarios no genera más de un bostezo en los democráticos. Hace unos años, la frase "tolerancia represiva" era el término común que usaba la extrema izquierda americana. Dudo que quienes lo denunciaron hubieran preferido ser sacados a medianoche de sus camas, recibir un disparo en la cabeza, y ser enterrados en tumbas sin nombre; nosotros tenemos sin duda buenas razones para estar agradecidos de que esa no sea la forma en que América suele tratar a sus disidentes.

Aparte de eso, hay igualmente buenas razones para querer un sistema que pueda gestionar el cambio de sistema con la menor cantidad posible de trauma y de violencia porque habrá muchos cambios sistémicos en los años y décadas venideros. Muchos de esos cambios se deben al camino que seguirá la sociedad industrial, parte de los cuales se deben a la continua disminución del poderío del imperio global de Estados Unidos, pero otra buena parte de ellos provienen de un origen diferente

Los griegos, que tenían una gran afición para dar nombres a las cosas, tenía una etiqueta conveniente para esa fuente: anaciclosis. Ese fue el término acuñado por el historiador griego Polibio, que narra la conquista de Grecia por los romanos en el siglo II aC. Señaló que las ciudades-estado pendencieras del mundo griego tendían a desplazarse por una secuencia distintiva de gobiernos desde una monarquía, seguida por la aristocracia, a continuación una democracia, y de nuevo la vuelta otra vez a la monarquía. Es un modelo convincente, sobre todo si se reemplaza “monarquía” con “dictadura” y “aristocracia” por “junta” para que la terminología se adapte a los palabras actuales.

Aquellos de mis lectores que estén interesados en la descripción original deben consultar los textos de Polibio, pero una formulación breve y modernizada de la narración es que en todas las dictaduras emerge un círculo interno de altos funcionarios y generales. Este círculo íntimo finalmente se aprovecha de la debilidad de la cúpula para deponer al dictador o, más frecuentemente, espera simplemente hasta que muera y luego distribuye el poder para que parezca que nadie tiene un control total; de este modo se forma una junta. En cada país gobernado por una junta, a su vez, emerge un círculo más amplio de oficiales, funcionarios y personas influyentes. Este círculo más amplio, finalmente, se aprovecha de la debilidad en la cúspide para deponer a la junta, y cuando esto sucede, tanto la antigua Grecia como en el mundo moderno, la táctica típica es preparar una constitución democrática para ganar apoyo popular y desalojar del poder o ningunear al resto de aliados de la junta depuesta. Por último, en toda democracia, los surgen esferas de competencia de oficiales, altos funcionarios y personas influyentes que expanden su poder hasta que el sistema democrático llega a un punto muerto bajo la presión de las distintas facciones o de crisis sin resolver; el sistema democrático pierde su legitimidad, sigue un colapso político y, finalmente, el jefe de la facción más fuerte toma el poder e impone una dictadura. Y el ciclo comienza de nuevo.

Puede ser educativo contrastar esta secuencia con la historia reciente y ver lo bien que encaja. Rusia, por ejemplo, ha seguido una ronda clásica de anaciclosis desde la revolución de 1917: la dictadura bajo Lenin y Stalin, una junta de Jruschov a que se continúa con Gorbachov, y una democracia, una “democracia real” (por favor recuerde, que con corrupción, elecciones amañadas, y el resto de características de la “democracia real” de todos los tiempos. China, del mismo modo, tuvo un período de la democracia desde 1.911 hasta 1.949, la dictadura de Mao, y una junta desde entonces, con evidente movimiento hacia la democracia en los últimos decenios. Aún así, el ejemplo que tengo en mente es los Estados Unidos de América, que ha dado la vuelta al ciclo de tres veces desde su fundación. La única diferencia, que es una diferencia crucial, es que las tres etapas han tenido lugar en distintas ocasiones bajo la misma constitución.

Un caso así revela el gran logro de la moderna democracia representativa: el desarrollo de un sistema tan resilente que puede capear la anaciclosis sin agrietarse. Las tres rondas de anaciclosis que hemos tenido en los Estados Unidos hasta ahora han seguido todas el patrón clásico; han comenzado bajo el dominio de un líder que, contando con el apoyo abrumador de la clase política y de la población en su conjunto, pudo romper el punto muerto entre facciones de la fase anterior e imponer un orden radicalmente nuevo en la nación. Después de su muerte, el poder pasa a lo que equivale a una junta elegida, y desactiva gradualmente su esencia, hasta que un movimiento popular para ampliar los derechos civiles y la participación política anula la autoridad de la Junta. Una vez se frena la

participación política, las facciones suben al poder, y, finalmente, llevan el mecanismo de gobierno a un punto muerto; crisis sigue, y se resuelve con la elección de otro cuasi-dictador.

Echando un vistazo a la historia de América y es difícil pasar por alto el modelo, que se repite en un período de unos setenta a ochenta años. Las figuras "dictador" fueron George Washington, Abraham Lincoln y Franklin Roosevelt. Cada uno de ellos anuló las estructuras existentes con el fin de consolidar su poder, y lo hicieron con escaso respeto por la ley vigente. Las juntas existieron en la era de los whigs, los republicanos y los demócratas del New Deal, cada uno de ellos representantes de una sola clase social; fueron a su vez sustituidos por el populismo de Jackson, el movimiento progresista, y las complejas convulsiones sociales de los años sesenta, cada uno de los cuales permitió la difusión del poder a fracciones más amplias de la ciudadanía. El primer ciclo terminó en punto muerto por el asunto el tema de la esclavitud; el segundo terminó en un punto muerto similar con la respuesta eficaz a la Gran Depresión; el tercero, bueno, ahí es donde ahora nos encontramos.

No faltan crisis suficientes para desplazar el sistema de su punto muerto actual, ni faltan tampoco personas en la clase política que muestran todos los signos de estar más que dispuestos a darle ese empujón final. La gran dificultad en este momento, a mi entender, es precisamente el actual concepto de democracia al que me referí al comienzo de este ensayo. En 1860, esa definición de conveniencia era muy lejana en lo político de la Constitución de los Estados Confederados de América (fue en muchos aspectos una copia de la firmada en Filadelfia 80 años antes). En 1932, aunque una minoría de los estadounidenses apoyaba el marxismo, el fascismo, u otros autoritarismos populares entonces, la gran mayoría que llevó a Roosevelt a la Casa Blanca cuatro veces seguidas esperaba que su gobierno se mantuviera fiel a la Constitución.

Eso es mucho más dudoso ahora. Por supuesto, hay muy poco apoyo público a ideologías abiertamente autoritarias. Preveo que el marxismo resurgirá a gran escala en la izquierda estadounidense en los próximos años, por razones que explicaré en un futuro post, pero como Oswald Spengler señaló hace casi un siglo al hablar sobre el final de las sociedades democráticas, no es el culto a la ideología sino el culto a la personalidad donde radica el verdadero peligro. Como advierte el proverbio ruso, lo perfecto es enemigo de lo bueno. En nuestro tiempo, a medida que un número creciente de estadounidenses insiste en que los Estados Unidos no es una democracia ya que no está a la altura de sus fantasías de derecho político, es muy posible que uno o más movimientos de masas puedan aglutinarse en torno a una figura carismática que prometa arreglar todo lo que está mal en el país, pero sólo si es posible eliminar todos esos engorrosos controles y contrapesos que se interponen en su camino. ¿Cuántos de los beneficios de la democracia que se han enumerado antes sobrevivirían a la victoria de este movimiento? Esa es una pregunta que no me gustaría tener que vivir para contestar.